

100

AÑOS

HISTORIAS DE AGATHA CHRISTIE

Agatha Christie[®]



**MUERTE
EN LA
VICARÍA**

booket

Agatha Christie

Muerte en la vicaría

Traducción de Carlos Paytuví de Sierra

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

The Murder at the Vicarage © 1930 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Miss Marple son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, MARPLE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie[®]

Espasa Libros © Editorial Planeta, S. A., 2020
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Traducción de Carlos Paytuví de Sierra

Diseño de la cubierta: Booket Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2020

Depósito legal: B. 10.308-2020
ISBN: 978-84-670-6016-4
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Es difícil saber exactamente dónde empieza esta historia, pero he elegido cierto miércoles, a la hora de la comida, en la vicaría. La conversación, aunque no relacionada fundamentalmente con el asunto que nos ocupa, presentó uno o dos sugestivos incidentes que influyeron más tarde en los acontecimientos.

Acababa de trinchar unos pedazos de carne de buey, bastante dura por cierto, cuando al volver a sentarme observé, con un espíritu que mal cuadraba a mi hábito, que quien asesinara al coronel Protheroe prestaría un buen servicio a la humanidad.

—Esas palabras pesarán contra usted cuando encuentre al coronel bañado en sangre —repuso enseguida mi joven sobrino Dennis—. Mary declarará, ¿verdad, Mary?, y descubrirá la forma vengativa en que usted blandió el cuchillo de trinchar mientras las pronunciaba.

Mary, que consideraba su servicio en la vicaría sólo como un primer paso hacia objetivos mejores y sueldos más elevados, se limitó a contestar: «¡Y más narices!», y lanzó delante de Dennis un plato rajado, de una forma algo truculenta.

—¿Acaso se ha vuelto muy difícil? —se limitó a preguntar mi esposa con simpatía.

No contesté inmediatamente, pues Mary me ofreció una fuente con verduras cuyo aspecto no resultaba muy apetitoso.

—No, gracias —dije.

Dejó la fuente en la mesa y se retiró.

—Es una lástima que yo sea tan mala ama de casa —comentó mi esposa con un deje de pena en la voz.

Me sentí inclinado a asentir. Mi esposa se llama Griselda,* nombre muy apropiado para la compañera de un pastor. Pero ahí termina la adecuación. Nada tiene de humilde o sumisa.

Siempre he sido de la opinión de que los clérigos han de permanecer solteros. Todavía no comprendo por qué pedí a Griselda que se casara conmigo después de veinticuatro años de conocernos. Uno sólo se debe casar después de una larga reflexión, siendo la coincidencia de gustos e inclinaciones un detalle de suma importancia.

Mi esposa es casi veinte años más joven que yo, ciertamente hermosa, totalmente incapaz de tomarse nada en serio y absolutamente incompetente; se necesita mucha paciencia para convivir con ella. He tratado en vano de darle una formación espiritual. Ahora estoy más convencido que nunca de que el celibato es el estado perfecto para un clérigo. Se lo he insinuado a Griselda repetidas veces, pero mis palabras únicamente la han hecho sonreír.

—Si por lo menos prestaras atención a lo que haces, querida —le dije en una ocasión mirando la fuente de verdura.

—A veces lo hago —repuso—. Sin embargo, creo que las cosas empeoran cuando me ocupo de ellas. Evidentemente, no he nacido para ama de casa. Me parece mejor dejar que Mary se encargue de todo y me resigno a sufrir incomodidades y a ingerir comidas aborrecibles.

—¿No has pensado en tu esposo, querida? —repliqué en tono de reproche. Siguiendo el ejemplo del diablo al ci-

* Nombre de origen germánico cuya etimología indica «docilidad» y «paciencia». (*N. del e.*)

tar las Escrituras para sus propios fines añadí—: «Ella se preocupa de su casa...».

—Imagina qué afortunado eres al no ser entregado a la voracidad de los leones —me interrumpió Griselda precipitadamente—. O quemado en la hoguera. La mala comida, el polvo o las moscas, ¿qué son en comparación? Hablemos del coronel Protheroe. Los primeros cristianos tuvieron la suerte de no tener que soportar a tipos como él.

—Es un viejo bruto y engulado —comentó Dennis—. No es extraño que su primera esposa le abandonara.

—La pobre no pudo hacer nada mejor —dijo mi mujer.

—No te permito que hables así, Griselda —observé secamente.

—Querido —repuso ella con voz cariñosa—, hálbame de él. ¿Qué ocurre? ¿Es quizá algo relacionado con el continuo persignarse de Mr. Hawes y esos gestos que hace, tan insistentemente entremezclados con sus palabras?

Hawes es nuestro coadjutor. Hace sólo tres semanas que está con nosotros. Profesa los puntos de vista de la tendencia romana y ayuna los viernes. El coronel Protheroe se opone a toda clase de ritos.

—No, esta vez no, aunque también habló de ello. Todo el embrollo se produjo a causa del dichoso billete de una libra esterlina de Miss Price Ridley.

Miss Price Ridley es una devota miembro de mi congregación. Asistió al primer servicio religioso el día del aniversario de la muerte de su hijo y depositó un billete de una libra en la bandeja de las limosnas. Más tarde, al leer la relación de la colecta, se molestó al ver que el billete mayor era uno de diez chelines. Se me quejó de ello y yo observé, muy razonablemente, que debió de haberse equivocado.

«Ya no somos jóvenes —le dije con tacto— y los años no pasan en vano.»

Me extrañó que mis palabras sólo sirvieran para irritarla más. Dijo que aquello le parecía muy extraño y que le

asombraba que yo no compartiese su opinión. Se alejó sin despedirse, y supongo que iría con sus quejas a Protheroe. El coronel es un hombre que se deleita buscándole tres pies al gato y esta vez no dejó de hacerlo. Siento que lo hiciera en miércoles, pues ese día doy clase por la mañana en la escuela parroquial, lo que me causa un agudo nerviosismo y un fuerte cansancio.

—Debe de ser su manera de divertirse —repuso mi esposa con tono de imparcialidad—. Nadie acude a él llamándole «querido vicario», ni borda horribles zapatillas para regalárselas, ni le obsequia con calcetines de lana en Navidad. Tanto su esposa como su hija están de él hasta la coronilla. Supongo que debe de sentirse feliz haciéndose el importante cuando puede.

—Pero no por ello ha de ofender a los demás —argumenté acalorado—. No creo que se diera cuenta de lo que sus palabras implicaban. Quiere repasar todas las cuentas de la iglesia «por si ha habido algún desfalco», según dijo, empleando estas mismas palabras. ¡Desfalco! ¿Cree acaso que yo uso los fondos de la iglesia?

—Nadie sería capaz de pensar eso de ti, querido —contestó Griselda—. Estás tan por encima de toda sospecha que eso mismo te daría una gran oportunidad de hacerlo. Quisiera que te apropiaras de los fondos para las misiones. Odio a los misioneros.

Me disponía a reprocharle esas palabras cuando entró Mary con un budín de arroz parcialmente cocido. Intenté protestar, pero Griselda dijo que los japoneses siempre comen el arroz medio crudo y que probablemente a ello se debe su prodigiosa inteligencia.

—Me atrevo a decir —prosiguió— que si todos los días de la semana comieras un budín como éste, los domingos predicarías unos sermones maravillosos.

—¡Dios no lo quiera! —exclamé, temblando ante la idea de que tal cosa pudiera suceder—. Protheroe vendrá ma-

ñana por la tarde y repasaremos las cuentas juntos —seguí diciendo—. Debo preparar mi charla para la Agrupación de Caballeros de la Iglesia de Inglaterra. ¿Qué vas a hacer esta tarde, Griselda?

—Mi deber —repuso—. Mi deber como esposa del vicario. Té y cotilleos a las cuatro y media.

—¿Quiénes vienen?

Griselda los fue contando con los dedos, con cara de inocencia.

—Miss Price Ridley, Miss Wetherby, Miss Hartnell y esa terrible Miss Marple.

—Me gusta Miss Marple —dije—. Por lo menos tiene sentido del humor.

—Es la peor chismosa del pueblo —replicó Griselda—. Sabe siempre todo lo que ocurre, hasta el último detalle, y siempre piensa mal.

Como he dicho, Griselda es mucho más joven que yo. A mi edad uno sabe que lo peor es generalmente verdad.

—No cuentes conmigo —dijo Dennis.

—¡Bestia! —exclamó Griselda.

—Todo lo que quieras, pero los Protheroe me han invitado a jugar al tenis.

—¡Bestia! —exclamó de nuevo Griselda.

Dennis se batió prudentemente en retirada y mi esposa y yo nos dirigimos a mi gabinete.

—No sé de quién hablaremos durante el té —dijo Griselda, sentándose ante mi escritorio—. Del doctor Stone y de Miss Cram, supongo, y quizá también de Miss Lestrangle. A propósito, ayer fui a su casa y había salido. Sí, estoy segura de que Miss Lestrangle será una buena comidilla para el té. ¡Es tan misteriosa! Se presenta, alquila una casa, apenas sale alguna vez... ¿No te parece? Le hace a uno pensar en las novelas policíacas, ya sabes: *¿Quién era la mujer misteriosa, de hermoso y pálido rostro? ¿Cuál era su pasado? Nadie lo sabía. Había algo ligeramente siniestro en*

ella. Creo que el doctor Haydock sabe algo, aunque no lo diga.

—Lees demasiadas historias de detectives —observé.

—¿Y tú? —replicó—. El otro día, mientras estabas aquí preparando tu sermón, busqué en todas partes *La mancha en la escalera*. Y cuando entré y te pregunté si habías visto el libro, ¿qué encontré?

Tuve la debilidad de sonrojarme.

—Lo cogí al azar. Una frase me llamó la atención y...

—Ya conozco esas frases —repuso Griselda, hablando de forma afectada—. *Y entonces sucedió algo muy curioso: Griselda se levantó, cruzó la habitación y besó afectuosamente a su esposo.*

Se levantó, vino hacia mí y me dio un beso.

—¿Es algo muy curioso? —pregunté.

—Claro que sí —dijo ella—. ¿Te das cuenta, Len, de que hubiera podido casarme con un ministro, un barón, un rico industrial, tres subalternos y un pillastre de modales encantadores, pero que te preferí a ellos? ¿No te asombró mi elección?

—Ciertamente, sí. Muchas veces me he preguntado por qué lo hiciste.

Griselda rio.

—Me sentí poderosa —murmuró—. Todos ellos pensaban simplemente que yo era maravillosa y, por supuesto, les hubiera sido muy agradable el conquistarme. Pero yo soy todo aquello que más te disgusta y desapruebas, y pese a ello no pudiste resistirte. Mi vanidad se sintió halagada. ¡Es tan agradable ser un pecado secreto y delicioso para alguien! Te hago sufrir con mis inconveniencias y te distraigo constantemente, y sin embargo me adoras con locura. ¿Verdad que me adoras con locura?

—Te amo, por supuesto, querida.

—¡Oh, Len! ¡Me adoras! ¿Te acuerdas de aquel día que me quedé en Londres y te mandé un telegrama que jamás

recibiste porque la hermana de la esposa del telegrafista tuvo gemelos y se le olvidó transmitirlo? Te pusiste muy nervioso, telefoneaste a Scotland Yard y armaste un revuelo de padre y muy señor mío.

Hay cosas que a uno no le gusta que le recuerden. Ciertamente, aquel día me comporté como un tonto.

—Si no te importa, querida —dije—, quisiera seguir con la preparación de mi charla.

Griselda lanzó un suspiro de irritación, me alborotó el cabello, lo volvió a alisar y dijo:

—No mereces que te quiera. Realmente, no lo mereces. Tendré un amorío con el artista. Sí, lo tendré. Y piensa en el escándalo que se producirá.

—Ya hay bastantes en este momento —repuse quedamente.

Griselda rio y me dio un beso.